

—Nada tienes que temer, Diego, me dijo Marcelina: serénate. Al mismo tiempo, diciéndome en dos palabras de qué modo se había arreglado la cosa, quiso en seguida volver á tomar el hilo de la conversacion que tenia conmigo y habia sido interrumpida; pero se opuso á esto la aya.— Señora, le dijo, vuestro marido acaso puede hallar muerto al librero, y volverse inmediatamente; ademas de que, añadió, viéndome traspasada de miedo, ¿qué hariais con ese pobre mozo, no hallándose en estado de continuar la conversacion? Mas vale ponerle en la calle, y dejar el negocio para mañana. Doña Marcelina convino en ello, aunque á pesar suyo, tan amiga era de lo presente; y creo que sintió bastante no haber podido hacer poner al doctor el nuevo bonete que le tenia destinado.

En cuanto á mí, menos afligido de haber malogrado los mas preciosos favores del amor, que gozoso de verme libre del peligro, me fuí á casa del maestro, en donde pasé el resto de la noche en reflexionar sobre mi aventura. Estuve algun tiempo indeciso si acudiria á la cita de la noche siguiente, porque no formaba juicio de salir mas bien librado en esta segunda calaverada que en la primera; pero el diablo, que siempre nos cerca, ó por mejor decir, se apodera de nosotros en semejantes lances, me hizo creer que pasaria por un mentecato si me quedaba á la mitad de un camino tan bueno; y aun representó á mi imaginacion á Marcelina con nuevos atractivos, y ponderó el precio de los placeres que me esperaban. Resolví, pues, continuar mi entremes, y muy resuelto á tener mas firmeza, con tan bellas disposiciones, me fuí al día siguiente á la puerta del doctor entre once y doce de la noche, y en medio de una oscuridad tan grande que no se veia brillar una sola estrella en el cielo.

Maullé dos ó tres veces para avisar que estaba en la calle; pero como nadie bajaba á abrirme, no me contenté con empezar de nuevo, sino que me puse á remedar todos los diferentes gritos de gato que un pastor de Olmedo me habia enseñado, y lo hice tan al natural, que un vecino que volvia á su casa, teniéndome por uno de estos animales cuyos maullidos imitaba, cogió un guijarro que tropezó con los piés y me le arrojó con toda su fuerza diciendo:—*¡Maldito sea el gato!* Recibí tan fuerte golpe en la cabeza que quedé aturdido por el pronto, y faltó poco para que cayese en tierra atolondrado. Esto bastó para que diese al diablo el galanteo, y perdiendo el amor juntamente con la sangre, me volví á casa, donde desperté é hice levantar á todos. El maestro reconoció la herida que le pareció peligrosa, pero no tuvo malas resultas y se cerró al cabo de tres semanas. En todo este tiempo no oí hablar de Marcelina. Es natural que Melancia, para desprenderla de mí, le buscasse algun otro conocimiento, de lo que no me informé porque nada me inportaba; pues salí de Madrid para andar la España luego que me ví perfectamente curado.



## CAPÍTULO VIII.

Encuentro de Gil Blas y su compañero con un hombre que estaba mojado mendrugos de pan en una fuente, y conversacion que con él tuvieron.



CONTÓME el amigo Diego de la Fuente otras aventuras que le sucedieron en adelante; pero todas de tan poca importancia, que no merecen la pena de referirse. Sin embargo, me ví precisado á oírse las, y en verdad que no fué breve la relacion, pues duró hasta que llegamos á Puente de Duero, donde nos detuvimos lo restante de aquel día. Hicimos en el meson que nos dispusiesen una buena sopa, y asasen una liebre, despues de cerciorarnos de que era verdaderamente tal. Al amanecer del día siguiente proseguimos nuestro camino, habiendo antes llenado la bota de un vino mediano, y metido en las mochilas algunos pedazos de pan, juntamente con la mitad de la liebre que nos habia sobrado de la cena.

Despues de haber caminado cerca de dos leguas, nos sentimos con gana de almorzar, y habiendo visto como á doscientos pasos del camino un grupo de árboles que hacian sombra deliciosísima, escogimos aquel sitio, é hicimos alto en él. Allí encontramos á un hombre como de veinte y siete á veinte y ocho años, que estaba mojado en una fuente algunos zoquetes de pan. Tenia á su lado sobre la yerba una espada larga y una mochila. Pareciónos mal vestido; mas por otra parte, de buen rostro, y bien plantado. Saludámosle cortesmente, y él nos correspondió con igual cortesanía. Presentónos luego sus mendrugos mojados, y con cierto aire risueño y despejado nos dijo si éramos servidos. Admitimos el convite en el mismo tono, mas con la condicion de que habia de tener á bien que juntásemos los almuerzos para que fuesen mas abundantes.



Vino en ello con mucho gusto, y nosotros sacamos nuestras provisiones, lo que ciertamente no le desagradó.—¡Oh! señores, exclamó enagenado de alegría, verdaderamente que ustedes vienen bien provistos de municiones de boca, y se conoce que son hombres prevenidos, y que miran á lo venidero. Yo me fio demasiado en la fortuna. Sin embargo, á pesar del miserable estado en que ustedes me ven, les puedo asegurar que alguna vez hago un papel muy brillante. Sepan ustedes que no pocas me tratan de príncipe y estoy rodeado de guardias.—Según eso, dijo Diego, será vd. comediante.—Adivinólo vd., respondió el desconocido, por lo menos ha quince años que no tengo otro oficio. Siendo niño representaba ya ciertos papeles cortos, esto es, que tuviesen poco que aprender.—Hablemos francamente, replicó el barbero, meneando ladinamente la cabeza, tengo dificultad en creerlo, porque conozco bien á los comediantes, y sé que estos señores no acostumbran caminar á pié, ni hacer almuerzos á lo San Anton; y me temo, me temo que si vd. ha hecho algún papel no habrá sido otro que el de encender y apagar las lamparillas.—Píense vd. de mí lo que quisiere, respondió el histrion, lo cierto es que hago los primeros papeles, y comunmente me hacen representar el de primer galan.—Siendo así, repuso mi camarada, doy á vd. la enhorabuena, y celebro mucho que el señor Gil Blas y yo háyamos tenido la honra de desayunarnos en compañía de tan gran personage.

Comenzamos entonces á roer nuestros regojos y las preciosas reliquias de la liebre, alternando con tan frecuentes topetadas á la bota, que en poco tiempo la dejamos enteramente pez con pez, sin que en todo este tiempo desplegase los labios ninguno de los tres. Al cabo rompió el silencio el barberillo, diciendo al comediante:—Estoy admirado de ver á vd. en estado tan lastimoso. No se puede dudar que es mucha pobreza para un héroe de teatro, y perdone vd. si le hablo con esta claridad.—Por cierto, replicó el actor, que se conoce no ha oído vd. hablar del famoso comediante Melchor Zapata; porque ha de saber vd. que, por la misericordia de Dios, no soy de genio delicado. Me da vd. mucho gusto en hablarme con tanta franqueza, porque también gusto yo de hablar con ella. Confieso de buena fe que no soy rico; y si no, miren ustedes esta ropilla. Diciendo esto nos mostró el forro de ella, que era todo de los carteles de comedia que se fijan en las esquinas. Esta es la tela que comunmente me sirve de forro; y si todavía tienen curiosidad de ver lo que hay en mi guardaropa, contentaré á ustedes: hélo aquí. Y al mismo tiempo sacó de la mochila un vestido entero, guarnecido de esterilla vieja de plata falsa, una gorra muy raída, con un penacho de viejísimas plumas, unas medias de seda con mas agujeros que un crivo ó una salvadera, y unos zapatos muy usados de badanilla encarnada.—Ya ven ustedes ahora que





soy medianamente infeliz.—Eso es lo que me admira, le replicó Diego. ¡Pues qué! ¿no tiene vd. muger ni hija?—Sí, señor, respondió Zapata; pero vea vd. la desgracia de mi estrella: tengo muger moza, mas no por eso estoy mas adelantado. Caséme con una linda comedianta, esperando que no me dejaria morir de hambre; pero por mi poca fortuna dí con una muger de juicio y de un recato incorruptible. ¡Quién diablos no se engañaria como yo! Una muger virtuosa que era del número de los cómicos de la legua, me habia forzosamente de tocar á mí en suerte.—Seguramente es desgracia, dijo el barbero; pero ¿por qué no se casó vd. con alguna bonita comedianta de las compañías de Madrid? Entonces sí que lograria su intento.—Convengo en ello, respondió el farsante; pero á un pobre comediante de la legua no le es lícito elevar sus pensamientos á tan encumbradas heroínas. Eso solamente lo podrá hacer alguno de la compañía del corral del Príncipe, y aun en ella se ven muchos precisados á casarse con otras mugeres que no son de la profesion, y por fortuna suya Madrid es bueno, y se suelen encontrar en él algunas que se las pueden apostar á las princesas de teatro.

—¿Pero qué, le replicó mi compañero, nunca pensó vd. entrar en alguna de las compañías de la corte? ¿Acaso se necesita un mérito consumado para lograrlo?—¡Bravo! respondió Melchor, vd. se burla con su mérito consumado. Veinte actores hay en cada compañía; pregunte vd. al público lo que siente de ellos, y oirá cosas bellisimas. Mas de la mitad por lo menos merecian ir cargados como yo con la mochila, y en medio de eso no es tan fácil como se piensa ser recibido entre ellos; pues se necesita dinero ó grandes empeños que suplan por la habilidad. Ninguno puede saberlo mejor que yo, porque ahora mismo acabo de representar en Madrid, y salgo mas aturdido de palmadas y silbidos que todos los diablos, sin embargo de que me prometia ser muy aplaudido, porque representaba gritando, manoteando, descoyuntándome y torciendo el cuerpo hácia todas partes, con mil gesticulaciones y posturas cien leguas distantes de todo lo natural, hasta llegar una vez casi á dar en la cara una puñada á mi dama mientras yo estaba declamando. En una palabra, representaba imitando la escuela que el vulgo celebra en los grandes actores; y en medio de eso lo que aplaudia tanto en otros no lo podia sufrir en mí. Vea vd. cuánto puede la preocupacion. En vista de ello, no acertando á dar gusto, y no teniendo medio para ser admitido en la compañía á pesar de todos los silbidos de la mosquetería, dejé á Madrid, y me vuelvo á mi Zamora, donde están mi muger y mis compañeros, que no hacen allí gran fortuna; y quiera Dios no nos veamos precisados á pedir limosna para poder pasar á otra ciudad, como mas de una vez nos ha sucedido.



Diciendo esto nuestro príncipe dramático, se levantó, echóse á cuestas la mochila, ciñóse la espada, y despidiéndose de nosotros:—Adios, nos dijo con mucha gravedad, quieran los dioses inmortales derramar sobre ustedes á manos llenas sus favores.—Y quieran los mismos, le respondió Diego en el propio tono, que halle vd. en Zamora á su muger muda y mejor establecida. Luego que el señor Zapata nos volvió la espalda, comenzó á gesticular y á representar caminando, y nosotros le comenzamos á silbar para que no se le olvidasen tan presto los silbidos de Madrid. Con efecto, creyó que todavía le sonaban en los oídos: y volviendo la cara, y viendo que nosotros nos divertíamos á su costa, lejos de darse por ofendido, él mismo ayudó á la zumba, y prosiguió su viaje dando grandísimas carcajadas. Correspondimosle por nuestra parte con grande algazara; y cogiendo otra vez el camino real, seguimos nuestra marcha.



## CAPÍTULO IX.

Estado en que encontró Diego á sus parientes; y como Gil Blas se separó de él despues de haber participado de ciertas diversiones.



UIMOS aquel dia á dormir entre Mojados y Valdestillas á un lugarcillo cuyo nombre se me ha olvidado, y al siguiente á las once de la mañana entramos en la llanada de Olmedo.—Señor Gil Blas, me dijo mi camarada, aquel es el lugar de mi nacimiento. No le puedo volver á ver sin llenarme de júbilo: tan natural es en todos el amar su patria.—Señor Diego, le respondí, un hombre como vd., que tanto amor tiene á su tierra parece debia haber hablado de ella con mayor estimacion. Vd. me la pintó como si fuera un lugarcillo ó una aldea, y á mí se me presenta como una ciudad. Era razon que por lo menos la tratase vd. de villa grande.—Yo le pido perdon, respondió el barbero; pero diré que despues de haber visto á Madrid, Toledo, Zaragoza, y otras principales ciudades de España en la vuelta que he dado por ella, todo me parece aldea. Conforme ibamos adelantando en la llanura, y acercándonos á Olmedo, nos pareció ver junto al pueblo multitud de gente, y cuando nos hallamos á distancia de poder discernir los objetos, tuvimos mucho en que divertir la vista.

Vimos tres pabellones ó tiendas de campaña, poco distantes una de otra, y al rededor de ellas muchedumbre de cocineros y ayudantes de cocina, que estaban disponiendo una gran comida. Unos ponian unas mesas largas dentro de las tiendas, otros echaban vino en grandes vasijas de barro: éstos atendian á que cociesen las ollas, y aquellos daban vueltas á luengos asadores, en que estaban espetadas viandas de todo género. Pero á mí nada me llevó tanto la atencion como un espacioso teatro que observé bastante elevado, que estaba adornado con algunos basti-



dores de carton pintado de diferentes colores, y lleno de inscripciones griegas y latinas. Luego que el barbero vió tanto griego y tanto latin, dijo:—Esto me huele terriblemente á mi tio Tomas; apuesto algo á que ha andado aquí su mano, porque sabe de memoria una infinidad de libros de aula. Lo que me enfada es que en las conversaciones encaja sin cesar pasages enteros de los tales libros, cosa que no á todos agrada. Fuera de eso, ha traducido varios poetas griegos y latinos, y está instruido en la antigüedad, lo que se conoce por las notas con que los ha enriquecido, como verbigracia aquella de que *en Atenas lloraban los niños cuando los azotaban*: cosa que si no fuera por su vasta y selecta erudicion, nosotros no la sabriamos.

Despues de haber visto mi camarada y yo todas las cosas que acabo de decir, nos dió gana de preguntar ¿por qué y para qué se hacian todas aquellas prevenciones? Al tiempo que nos íbamos á informar se encontró Diego con un hombre, que conoció ser su tio el señor Tomas de la Fuente, y que al parecer mostraba ser el director de la fiesta. Fuímonos á él apresuradamente; mas este maestro de primeras letras tardó algo en conocer á su sobrino; tanta mudanza habia hecho en aquel pobre mozo la ausencia de diez años. Conocido al fin, le abrazó estrechísimamente, y le dijo:—¡Oh querido sobrino Diego, con que al cabo has vuelto á ver á tus dioses penates, y el cielo te ha restituido sano y salvo á tu familia! ¡Oh día tres y cuatro veces beato! ¡albo dies notando lapillo! Muchas novedades encontrarás en la parentela. Tu tio Pedro, aquel gran talento, ya es víctima de Pluton: tres meses ha que murió. Hombre avariento, que toda su vida estuvo temiendo le habian de faltar siete piés de tierra para enterrarse: *argenti pallebat amore*. Tenia muchas pensiones de los grandes; y no gastaba diez doblones al año en comida y vestido. No daba de comer al único criado que le servia. Mas insensato que aquel Griego Aristipo, el cual, caminando por los desiertos de Libia, hizo á sus esclavos que dejasen en ellos todas las grandes riquezas que llevaban, alegando que aquella carga les incomodaba en la marcha, amontonaba toda la plata y todo el oro que podia haber á las manos. Mas ¿para qué? Para que lo gozasen sus herederos á quienes no podia sufrir. Dejó á su muerte treinta mil ducados que se repartieron entre tu padre, tu tio Beltran y yo. Todos nos hallamos en estado de pasarlo bien. Mi hermano Nicolas colocó ya á su hija Teresa, que acaba de casarse con el hijo de uno de nuestros alcaldes: *connubio junxit stabili, propiamque dicavit*. Este himeneo, concluido bajo los mas felices auspicios, es el que estamos celebrando hace ya dos dias con todo el aparato que ves. Hicimos levantar estas tiendas de campaña en esta llanura. Los tres herederos de Pedro tienen cada uno la suya; y por su turno costean

la fiesta de un dia. Hubiera celebrado mucho hubieses llegado antes para que gozases de todas. Antes de ayer dia en que se celebró la boda, corrió tu padre con el gasto, y dió una soberbia comida, y despues hubo parejas y se corrió sortija. Tu tio el mercader tomó de su cuenta el dia de ayer, y nos divirtió con una bellissima fiesta pastoril. Vistió de pastores á los diez muchachos mas lindos y agraciados del lugar, y de pastoras á las diez muchachas mas pulidas y aseadas que habia en todo Olmedo, empleando en engalanarlas las cintas mas ricas y los mas preciosos dijes que se hallaron en su tienda. Toda aquella lucida juventud armó mil graciosísimas danzas, cantando despues otras tantas letrillas muy chuscas, tiernas y amorosas. Y aunque no parecia posible cosa mas divertida, con todo eso no dió gran golpe; sin duda porque en Castilla la Vieja hemos perdido el gusto á las diversiones pastoriles.

Hoy me toca á mí, y pienso divertir á los vecinos de Olmedo con un espectáculo todo de mi invencion: *finis coronabit opus*. Mandé alzar un teatro, en el cual, con la ayuda de Dios haré representar por mis discipulos una de mis tragedias, intitulada: *Los pasatiempos de Mulei Bagentuf, rey de Marruecos*. Se ejecutará con el mayor primor, porque entre los muchachos los hay que declaman como los mas célebres comediantes de Madrid. Son todos hijos de honradas familias de Peñafiel y Segovia, y los tengo en mi casa á pupilage. ¡Escelentes representantes! Verdad es que les he enseñado yo. Su declamacion parecerá acuñada en el cuño del maestro, *ut ita dicam*. En cuanto á la tragedia, no te quiero hablar de ella, puesto que la has de oir, por no privarte del placer de la sorpresa; y solo diré sencillamente que dejará estáticos á todos los espectadores. Es uno de aquellos asuntos trágicos que ponen todo el alma en conmocion, por las terribles imágenes de la muerte que ofrecen á la fantasía. Yo siempre he sido de la opinion de Aristóteles, que es necesario escitar el terror. ¡Ah! si yo me hubiera dedicado al teatro, nunca saldrian á él sino héroes sanguinarios y príncipes asesinos, y me bañaria siempre en sangre. En mis tragedias se verian morir no solo á los primeros personajes, sino hasta las mismas guardias. ¿Qué digo *hasta las mismas guardias*? Haria tambien degollar al apuntador. En fin, solo me agrada lo terrible: este es todo mi gusto. De esta manera los poemas de esa especie se levantan con el aplauso de la muchedumbre, mantienen el lujo de los comediantes, y hacen célebre el nombre de los autores.

Acababa de pronunciar estas palabras cuando vimos salir del pueblo y entrar en la llanura un gran gentío de uno y otro sexo. Eran los dos esposos, acompañados de sus amigos y parientes, é iban precedidos de diez ó doce tocadores de instrumentos, que tañian todos á un tiempo, haciendo un concierto muy ruidoso. Salióles al encuentro Diego, y dióse



á conocer. Inmediatamente resonaron por el campo los gritos de alegría con que fué recibido del acompañamiento, corriendo todos á abrazarle, y procurando cada uno ser el primero. No tuvo poco que hacer en corresponder á todas las demostraciones de amor y cumplimientos que le hicieron. Sofocábanle á abrazos todos los de la familia y cuantos se hallaban presentes; y luego que se aquietó un poco aquel primer turbion, le dijo su padre:—Seas bien venido, hijo Diego: en verdad que durante tu ausencia han adelantado mucho tus parientes: ¿no es así? Por ahora no te digo mas; á su tiempo lo sabrás muy pormenor. Mientras tanto el gentío se fué adelantando hácia la llanura, llegó á ella, entróse en las tiendas, y fuése sentando á las mesas, que ya estaban preparadas. Yo no dejé á mi compañero; sentéme junto á él, y entrambos comimos con los dos novios, que me parecieron corresponder bien uno á otro. Duró mucho tiempo la comida, porque el preceptor ó maestro tuvo la vanidad de querer que tres veces se cubriese la mesa, por aventajarse á sus hermanos, que no habian dispuesto las cosas con tanta magnificencia.

Despues del banquete todos los convidados mostraron grande impaciencia por ver la representacion de la obra del señor Tomas, no dudando, decian, que una produccion de ingenio tan superior seria dignisima de oirse. Acercámonos, pues, al teatro, donde todos los músicos ocupaban ya el lugar de la orquesta para tocar en los intermedios. Esperaban todos con el mayor silencio á que se diese principio á la tragedia. Dejáronse ver los actores en la escena; y el autor con su obra en la mano estaba tras las cortinas en sitio donde pudiese apuntar y ser oido de los que representaban. Con mucha razon nos habia prevenido que era trágico su drama, porque en el primer acto el rey de Marruecos mató por via de diversion cien esclavos á flechazos. En el segundo hizo degollar treinta oficiales portugueses que uno de sus capitanes habia hecho prisioneros: finalmente en el tercero aquel monarca, cansado de sus mugeres, pegó él mismo por su mano fuego á un palacio aislado, donde estaban encerradas, y juntamente con él las redujo todas á ceniza. Los esclavos moros y los oficiales portugueses estaban representados por unas figuras de mimbre hechas con algun primor, y el palacio que era de carton, se aparentaba abrasado por un fuego artificial. Este incendio, acompañado de lastimosos gritos, que parecian salir de enmedio de las llamas, dió fin á la tragedia, y cerró el teatro de una manera patética y divertida. Resonaron en toda la llanura los vivas y los aplausos con que fué celebrado un drama de tan ingeniosa invencion: lo que acreditó el buen gusto del poeta, y su singular acierto en la eleccion y oportunidad de los asuntos.

Creia yo que ya nada habia que ver despues de *Los pasatiempos de*

*Mulei Bugentuf*; pero engañéme. Anunciáronnos un nuevo espectáculo los timbales y trompetas. Era éste la distribucion de los premios, porque Tomas de la Fuente, para mayor solemnidad de la fiesta, á todos sus discípulos, así pupilos como los que no lo eran, les habia hecho trabajar varias composiciones, y en aquel día se habian de repartir los premios á los mas sobresalientes, consistiendo aquellos en ciertos libros que el mismo preceptor á costa suya habia ido á comprar á Segovia. De repente, pues, se dejaron ver en el teatro dos bancos largos de escuela, y un armario ó estante lleno de libros pequeños encuadernados con aseó. Entopces todos los actores se presentaron en la escena, y formaron un semicírculo delante del señor Tomas, el cual se dejaba ver con tanta gravedad y autoridad como pudiera un prefecto de colegio. Tenia en la mano la lista de los nombres de los que debian ser premiados. Entregóse la al rey de Marruecos, quien se puso á leerla en alta voz, llamando uno por uno á los nombrados para recibir el premio. Cada cual iba con respeto á recibir un libro de la mano del pedante, inclinándose profundamente al ir y al volver cuando pasaban delante del monarca marroquí. Juntamente con el libro se les coronaba á todos con una guirnalda de laurel, y despues se iban sentando en uno de los dos bancos para que fuesen vistos, aplaudidos y admirados de todos; pero particularmente de sus madres, amigos y parientes. Por mas cuidado que puso el preceptor en que todos quedasen contentos, no lo pudo conseguir, porque observándose que la mayor parte de los premios habian tocado á los pupilos, como regularmente se acostumbra, las madres de los otros discípulos lo llevaron muy á mal, se alborotaron, y acusaron al maestro de parcialidad; y tanto, que una fiesta tan gloriosa y tan alegre hasta aquel punto, faltó poco para que se acabase tan desgraciadamente como el banquete de los Lapitas<sup>1</sup>.



<sup>1</sup> Cuando se casó Piritoo, rey de los Lapitas, con Hipodamia, convidó á su boda á los principales Centauros y Lapitas. Despues de acalorados con los vinos y licores, el centauro Eurition quiso violentar á la novia Hipodamia, y los otros centauros á las jóvenes convidadas; pero los Lapitas indignados cortaron la nariz y las orejas á Eurition, y se trabó entre ambos partidos un combate sangriento.